

to se mostraba complaciente y condescendiente como terco y obstinado. En sus actos públicos tampoco se observaba constancia de propósito ni perseverancia en la ejecución. Después de activar una operación durante algún tiempo con mucho afán, se enfadaba cuando no le salía bien. Tampoco pudo negar la sangre bastante ligera que corría por sus venas, pues le gustaban más los gozos materiales que los deberes del soberano. La caza y los torneos, los banquetes y el vino, las fiestas y largos viajes le agradaban, y en ellos se fundaba su instrucción que no era muy profunda. La vida en su corte de Heidelberg era brillante; en 1599 se componía aquella corte casi de setecientas personas y en ella se derrochaban las rentas del país, subiendo además en proporción las deudas. Esta vida de placeres arruinó rápidamente su cuerpo, y antes de haber cumplido treinta años de edad la parálisis había invadido la mitad inferior de su cuerpo desde la cintura abajo, pero no por esto dejó su pasión a la bebida.

Abandonó el gobierno a sus consejeros, y fué gran fortuna para la causa de los protestantes que entre estos consejeros hubiera muchos que habían salido de la escuela de Juan Casimiro y que continuaron gobernando en su sentido, sobre todo en los asuntos extranjeros. Eran hombres honrados, celosos, inteligentes y prudentes, aunque algo pesados y lentos, y estaban muy distantes de tener la iniciativa política creadora de su soberano anterior, del cual tampoco tenían la temeridad ni la osadía. Esto dió a la política de Heidelberg un carácter de reservada que no excitaba la actividad de sus partidarios, sino que esperaba que recibieran el impulso de fuera.

Además de este carácter mesurado de las personas principales contribuyó a paralizar la política de Palatinado en los primeros años la contienda perjudicial por la tutela, pues el hermano del abuelo de Federico IV, el conde palatino Reinhard de Simmern, de religión luterana, pretendió ser tutor del joven al morir su padre, para desterrar otra vez del país el calvinismo, y fundó su pretensión en dos bulas del emperador Segismundo, según las cuales Federico IV no debía ser declarado mayor de edad hasta los veinticinco años, mientras la Bula de Oro fijaba su mayoría en los diez y ocho cumplidos. Con esto solo consiguió que el emperador Rodolfo tardara hasta el año 1594 en dar al nuevo elector la investidura, lo que le impidió tomar una actitud decidida frente del emperador. Así el partido protestante quedó otra vez dividido agrupándose alrededor los unos del elemento luterano y los otros del calvinista como alrededor de dos polos opuestos. Con esto desaparecieron también los esfuerzos en sentido unionista y el acuerdo de aliarse con potencias extranjeras, sobre todo desde que el rey de Francia se hizo católico.

Gran suerte fué para los protestantes alemanes que en diciembre de 1592 muriera el duque de Parma, con lo cual se perjudicó mucho la causa de España en los Países Bajos y por lo pronto se alejaron los peligros exteriores, si bien quedaron todavía los mayores peligros que para la causa protestante estaban en el propio país.

EL ASUNTO DE ESTRASBURGO

Al decidirse la cuestión de Colonia a favor del catolicismo se encendió en Estrasburgo una nueva contienda violenta. Ambos asuntos estaban estrechamente relacionados entre sí, porque los canónigos de Colonia del partido de Gebhardo que habían sido excomulgados, Solms, Winneburg y Sain-Wittgenstein, lo mismo que el arzobispo destituido, poseían canongías en la catedral de Estrasburgo, y al verse rechaza-

dos en la de Colonia, habíanse retirado a la de Estrasburgo. Sin hacer caso de que también habían perdido sus prebendas en esta última catedral, se apoderaron de las casas y establecimientos de la iglesia, protestaron contra la jurisdicción del Papa y apelaron al emperador y al Imperio, poniéndose de su lado también la municipalidad protestante de Estrasburgo. El emperador tomó partido a favor de los canónigos católicos, pero no se atrevió a proceder tampoco de una manera enérgica ni a declarar fuera de ley a los excomulgados, como lo pidió entre otros el duque Guillermo de Baviera. El emperador se limitó a exhortaciones y amenazas que no produjeron ningún efecto en los canónigos protestantes. Cuando en el transcurso de los años que siguieron quedaron vacantes algunas canongías por la muerte de sus titulares, se organizaron para las nuevas elecciones los partidos opuestos según la religión de cada uno, y era de prever que al morir el obispo Juan resultarían una elección doble y un estado cismático como el que había ocurrido en Colonia.

En efecto, pocos meses después de la muerte de Juan Casimiro, murió el obispo de Estrasburgo repentinamente de una apoplejía, y los miembros protestantes del cabildo, que eran la mayoría, después de haber invitado a sus colegas católicos a tomar parte en la elección, no tardaron en proponer a uno de los suyos para la silla vacante con el aplauso de la municipalidad y de los vecinos. Su candidato era el príncipe Juan Jorge, de edad de quince años, uno de los hijos menores del administrador Juan Jorge del arzobispado de Magdeburgo, al cual habían elegido ya cuatro años antes miembro del cabildo.

Resultó, pues, que la familia de la cual un miembro había sido excluido en 1582 del parlamento, y en 1588 de la visita de la alta cámara de justicia, se vio comprometida también en este asunto, que llegó a ser de trascendental importancia para todo el Imperio.

Los canónigos católicos, sin embargo, para no permitir este triunfo a sus contrarios, se reunieron una semana después de la elección en Zabern para elegir a su vez el nuevo obispo, resultando elegido el cardenal Carlos de Lorena, hijo de Carlos II, duque de Lorena, que desde 1578 era ya obispo de Metz, y que también desde algunos años, a consecuencia de una elección hecha por los canónigos católicos, disfrutaba una prebenda en la catedral de Estrasburgo. Poco antes, en 1590, se habían negado los canónigos a elegir al mismo príncipe coadjutor del obispado, a fin de no presentar por sucesor del obispo a un individuo del cual no se sabía de una manera indudable si era miembro del Imperio, y cuyo parentesco con una familia soberana vecina y poderosa les hacía temer por la libertad e independencia del cabildo. Por otra parte, temieron también, al poner el obispado en manos de un príncipe de Lorena, comprometerlo en las luchas del Occidente de Europa. Pero al reunirse los canónigos católicos en Zabern, se presentó el día de la elección en la misma ciudad el cardenal a la cabeza de una sección de tropa lorenesa, y en estas circunstancias se efectuó su elección para la silla episcopal.

Con esto quedó planteada la cuestión de si el territorio eclesiástico más importante en el Alto Rin había de reconocer por soberano al Papa o había de pasar a manos de un protestante, y si al mismo tiempo se daría a la liga francesa, con la cual estaba aliada la casa de Lorena, la ocasión de mezclarse en los asuntos de Alemania, y una ventaja considerable en su lucha contra el rey Enrique IV, que entonces continuaba todavía siendo protestante.

La situación era entonces mucho más favorable para el protestantismo que lo había sido poco antes en Colonia, donde Gebhardo había sido elegido arzobispo siendo cató-

lico y después se había pasado a la nueva doctrina religiosa, mientras que el príncipe Juan Jorge era ya protestante al ser elegido obispo de Estrasburgo. El conflicto de Gebhardo con la disposición relativa a la reserva eclesiástica había sido innegable; el caso de Estrasburgo era distinto. Sin embargo, en vista del estado de los ánimos en ambos partidos opuestos, nadie preguntaba por el mayor derecho, sino por el mayor poder de los pretendientes. Así, pues, parecía que como en Colonia se había de apelar a las armas para decidir el conflicto.

La ciudad de Estrasburgo estaba a favor del príncipe brandeburgués Juan Jorge; y cuando un heraldo lorenés se presentó con la proclama impresa en la cual el cardenal anunciaba su toma de posesión del obispado, la municipalidad no permitió que fijara la proclama en las puertas de la ciudad y dijo al mensajero que la fijara en la horca, donde había sitio suficiente.

Los municipales de Estrasburgo disponían de un pequeño cuerpo armado que pusieron a disposición del brandebur-

FRIDERICVS IV. D. G. SACR. ROM. IMPERII SEPTEMVIR COMES PAL. RHENI DVX BAVARIAE. PRIN. SERENISS.



*Imperii Proceres armis rebusq; fidei
Sufficiat. Alium fortis facit placere.
Sceptra quibus magni moderatus magna potentis,
Temporibus facit calce profectus.*

*Finis vni aduocatus hinc facit & Martia Virtus,
Iusticia & fides hinc cum pietate fides.*

Jacobus Goussier fecit.

El elector Federico IV del Palatinado. Facsimile de un grabado de Jaime Granthomme (1600)

gués, a cuyo servicio se hallaba también dispuesto un número de tropas del marqués de Brandeburgo-Ansbach. Con estas fuerzas el obispo brandeburgués tomó posesión de cierto número de plazas fuertes del obispado que se hallaban en manos de sus contrarios.

A los magnates protestantes de Alemania se ofrecía entonces una brillante ocasión para tomar el desquite de la derrota que había sufrido su partido poco antes en el Bajo Rin. Para aprovechar esta ocasión habría sido menester que abrazaran con doble energía la causa de su correligionario el nuevo obispo, tanto más cuanto que se hallaban en la alternativa de ganar una posición importantísima en la comarca riniana, o de consentir que esta posición cayera en manos de los católicos o bajo la influencia de la liga y de España. Pero, como otras veces, los motivos más miserables impidieron a aquellos magnates protestantes elevarse a la altura de

su misión. La Sajonia electoral, que navegaba otra vez en la ancha corriente de su patriotismo imperial, no se atrevió a excitar el descontento del emperador y de los católicos; el electorado del Palatinado había perdido su iniciativa desde la muerte de Juan Casimiro, y el duque de Wurtemberg no quiso mezclarse en un asunto en el cual figuraba el calvinismo. Al elector de Brandeburgo correspondía más que a nadie presentarse en defensa de su nieto; pero Juan Jorge no quiso exponerse a la acusación de haber contribuido a la desorganización del Imperio para fomentar y favorecer la ventaja de su familia.

De esta manera dejaron abandonado al joven obispo sus correligionarios alemanes. Solo el príncipe Cristian de Anhalt acudió a su auxilio; despedido por el rey Enrique IV, de regreso a su país pasó por el territorio de Estrasburgo; se presentó con unos 200 a 300 caballos al administrador del obis-